



## **Presentación Fundación Jaime González-Gordon**

### **IGLESIA, MEDIO AMBIENTE Y DARWIN**

Hablar de Iglesia y Naturaleza puede resultar extraño y, por tanto, extraño pueden resultar los fines de esta nueva fundación. Pues bien, intentaré por un lado esbozar esa relación entre Iglesia y medio ambiente. Posteriormente, debido a que celebramos el centenario de Darwin y que la disertación tratará sobre él, centraré la mirada sobre Darwin y la Iglesia.

#### **I.- Iglesia y medio ambiente**

A la hora de hablar de Iglesia y medio ambiente, lo primero a tener en cuenta es que el judaísmo y el cristianismo cambiaron sustancialmente la relación con la naturaleza en base a la proclamación de la dignidad incomparable de la persona humana y de la verdad de la creación del mundo por parte de Dios. La naturaleza no tiene ya un carácter divino en ninguna de sus expresiones. El panteísmo ha sido anulado. El hombre es constituido señor del mundo. Ni que decir la enorme revolución en la cultura que ha supuesto esta afirmación en la historia de la humanidad entonces y, como veremos, también en la actualidad. Pero la revelación hebraico-cristiana ha señalado siempre que el dominio otorgado por Dios al hombre, en cuanto imagen de Él, no es un poder absoluto y, por tanto, no podía ser concebido como libertad de usar y abusar o como derecho de disponer de cosas y animales como se le antoje.

En definitiva, el cristianismo ha defendido un equilibrio entre el dominio del hombre y la responsabilidad moral. Pues bien, hoy, en nuestra sociedad postmoderna, nos encontramos con una paradoja. Por un lado, se defiende el poder absoluto del hombre sobre la naturaleza; por otro, el hombre se degrada a mero animal un poco más evolucionado y queda sometido a la naturaleza. Me explico.

#### **I.1.- El poder absoluto sobre la naturaleza.**

En la actualidad la relación del hombre con la naturaleza viene cada vez más pensada en clave de dominio, y por consiguiente, así como el uso, el sometimiento y la manipulación de la misma. El conocimiento científico no es visto ya como un desinteresado deseo de conocer la verdad, sino que es considerado como un saber útil que debe dar al hombre un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza. El saber científico es considerado un instrumento operativo. "Ciencia es potencia", de tal forma que la ciencia es poder de hacer y de modificar la naturaleza en vista de los proyectos del hombre.

Podemos entender ahora fácilmente por qué se habla hoy del sentido de la técnica o de la ciencia. La empresa técnica tiene como misión, y sentido en la cultura actual, explicar la libertad del hombre o mejor posibilitarla. "Libre" significa que el hombre no tiene ya ningún límite. La naturaleza que hasta ahora limitaba al ser humano puede ser modificada y manipulada sin límite alguno. Piénsese en la manipulación genética, la clonación, etc. La ciencia está por tanto al servicio del hacer libre del hombre.

Sin embargo, a medida que ha pasado el tiempo, se ha comenzado a poner en duda que la técnica fuese capaz realmente de llevar al hombre al reino de la libertad que tanto desea. De hecho,

han surgido dos dudas sobre la posibilidad de poder alcanzar esa meta tan deseada por el hombre de querer ser como Dios, ahora bien, un Dios concebido como un dictador feudal y caprichoso. La primera duda radica en la expresión tan conocida por todos de “problema ecológico”. Éste esconde la certeza, hoy ampliamente compartida, de no poder dominar la naturaleza, es decir, la imposibilidad de usar y manipular la naturaleza sin límites. La segunda duda surge cuando el hombre descubre en sus manos el poder de manipular no sólo la naturaleza del ambiente, de las plantas o animales, es decir, del ecosistema, que constituye la casa del hombre, sino la propia vida, al hombre mismo. Surgiendo entonces la duda de si realmente la tecnología tiene la posibilidad de hacer al hombre libre.

A estas dudas hay que sumarle la verdad de la realidad de la técnica. Me explico. A primera vista puede parecer que el hombre va a ser más libre con el poder que le da la técnica. Sin embargo, si seguimos adelante nuestra reflexión, descubrimos que la técnica tiene también una dimensión política, ya que la investigación tecnológica requiere hoy una gran inversión de dinero, que exige tener que elegir entre los recursos siempre limitados. ¿Quién decide? Para responder a esta pregunta es necesario tener presente el poder de la ciencia de la comunicación que es capaz de poner en las manos de quien los controla e inducir los deseos funcionales. Es decir, no se producen bienes para satisfacer los deseos, sino que se producen deseos para satisfacer las exigencias de producción, llegándose así a poder afirmar que el hombre de hoy se encuentra realmente amenazado por la potencia que él mismo ha creado para ser más libre.

Determinado el marco en el que se encuentra el hombre de hoy frente al poder de manipular la vida, no tiene más remedio que plantearse si realmente su relación con la naturaleza debe ser de dominio absoluto. Es decir, el hombre tiene que tener claro una serie de preguntas: ¿la realidad tiene en sí y por sí un sentido (una verdad y bondad) o está a total disposición del hombre? ¿Existe una verdad o sólo un decidir lo que es verdad? ¿El hombre es custodio de un sentido originario o es el creador de todo significado? ¿Qué significa ser libre? Ni que decir tiene que estamos ante diferentes preguntas que atañen a lo más íntimo de la reflexión ética, de ahí que hoy más que nunca tenga sentido plantear si todo lo técnicamente posible es legítimo hacerse. Se necesita reflexionar seriamente si el límite del hombre debe estar marcado por lo técnicamente posible. El hombre necesita recuperar su verdad de criatura y reflexionar sobre su responsabilidad para defender su dignidad y su hábitat. Esto es más urgente que nunca, pues nunca el hombre había tenido el poder que hoy tiene de poner en peligro a las generaciones futuras con sus acciones presentes.

## **2.- Sobre la degradación del hombre a mero animal**

Para degradar al hombre es necesario encuadrar al mismo en el más absoluto materialismo, cayendo en la tentación de negar la trascendencia del ser humano. Pues bien, es la exclusión de toda referencia a la espiritualidad de la persona la que conlleva optar por el evolucionismo materialista. Este evolucionismo intenta explicar la formación del mundo, de los fenómenos físicos y mentales e incluso espirituales, como surgidos de un proceso de desarrollo natural debido a causas puramente mecánicas y a leyes intrínsecas de la Naturaleza. En términos simples, el evolucionismo materialista considera al espíritu como un producto de la materia viva. El cuerpo aparece como el instrumento al servicio de un proyecto de bienestar, elaborado y ejecutado por la razón técnica que calcula cómo podemos obtener el máximo provecho.

Negada la trascendencia del ser humano, no existe una diferencia fundamental, esencial, entre el hombre y los animales. El hombre es un puro ser material, un animal, aunque más evolucionado. Se borra toda distinción entre el hombre y los animales, pues "todo ser vivo capaz de sentir placer o dolor es persona", no sólo el ser humano. En definitiva, se niega a la persona un elemento esencial: existir como un don de sí.

Ante el hecho de reducir al ser humano a pura materialidad o el de otorgar la dignidad personal a los animales, descubrimos que de nuevo se alza una luz que denuncia lo inadecuado del mismo; esto es la responsabilidad moral o el ser moral que es exclusivo de la persona humana. Así, vemos que el ser humano es el único animal que tiene en sus manos la existencia de su especie y de su mundo, jugando un papel relevante en el desarrollo evolutivo, como bien demuestra su relación con el medio ambiente. Él es el único animal que es libre, pues es el único animal que tiene la

responsabilidad de configurar su existir. Por tanto al final hemos de decir que el hombre tiene una posición especial que deriva de su inalienable racionalidad y su ser moral.

## II.- Darwin y la Iglesia

Ninguna teoría científica ha hecho correr tanta tinta como la teoría de la evolución. Desde que en 1859 Charles Robert Darwin publicara su famoso libro titulado *El origen de las especies* la polémica en torno al alcance y los límites de esta teoría no han dejado de ser objeto de airado debate. Dentro de la ciencia prácticamente nadie duda de la realidad del hecho evolutivo, lo que se discute es cómo se produce la evolución, cuáles son sus causas, de qué manera se ha ido desarrollando, si ha sido de forma lenta y gradual o a través de saltos bruscos que se han dado en momentos puntuales. Pero las discusiones más agrias se han producido más allá de la ciencia. No hay duda alguna de que en la actualidad uno de los debates más intensos entre ciencia y religión es el que hace referencia a la compatibilidad entre la teoría científica de la evolución y la doctrina religiosa de la creación. 150 años después de la publicación de la citada obra de Darwin los debates siguen tan abiertos como entonces; quizás, incluso, con mayor vigor y vitalidad.

Es importante advertir que algunas polémicas en torno a la evolución provienen de grupos cristianos fundamentalistas, no católicos y por lo general minoritarios, que en ocasiones interpretan de un modo excesivamente literal algunos relatos del Génesis, como si de ellos pudiesen extraerse conocimientos cosmológicos y biológicos que formarían un cuerpo de doctrina cristiana y, a la vez, de ciencia natural, en pugna con las teorías evolucionistas.

Ante algunas actuaciones de esos grupos, la jerarquía católica, junto con otras comunidades cristianas, ha hecho notar de modo público que tales interpretaciones nada tienen que ver con la doctrina católica. Así, en su catequesis acerca de la creación, el Papa Juan Pablo II analizó las narraciones del libro del Génesis, y enseñó que “la teoría de la evolución natural, cuando se la entiende de modo que no excluye la causalidad divina, no se opone, en principio, a la verdad acerca de la creación del mundo visible tal como es presentada en el libro del Génesis”<sup>1</sup>. Si se entienden correctamente la creación y la evolución, afirmaba Juan Pablo II, no existe oposición entre ambas: incluso puede decirse que “la evolución presupone la creación, y la creación se presenta a la luz de la evolución como un suceso que se extiende en el tiempo —como una creación continuada—, en el cual Dios se hace visible ante los ojos del creyente como Creador del cielo y de la tierra”<sup>2</sup>.

Pero en realidad el problema no es la aceptación de la teoría de la evolución o no, sino que, como recogía el cardenal Ratzinger en su libro *Creación y Evolución*, la cuestión central es determinar el papel que debe ocupar la ciencia en el conocimiento de la realidad. Es decir, el dilema creado en torno a Darwin consiste en optar por el creacionismo que excluya a la ciencia, o bien, en optar por una teoría de evolución que cubra sus propias carencia y no quiera ver más allá de la posibilidades metodológicas de la ciencia natural. Ante esto, la Iglesia no se inclina por una u otra, sino que tiene claro que hay que alabar el progreso de la ciencia, pero sin olvidar que ésta no puede responder las cuestiones filosóficas que plantea el origen del hombre.

Es esto lo que leemos en el Catecismo de la Iglesia que advierte que los interrogantes más profundos no pueden responderse sólo con los métodos de las ciencias naturales: “El gran interés que despiertan estas investigaciones está fuertemente estimulado por una cuestión de otro orden, y que supera el dominio propio de las ciencias naturales. No se trata sólo de saber cuándo y cómo ha surgido materialmente el cosmos, ni cuándo apareció el hombre, sino más bien de descubrir cuál es el sentido de tal origen: si está gobernado por el azar, un destino ciego, una necesidad anónima, o bien por un Ser trascendente, inteligente y bueno, llamado Dios. Y si el mundo procede de la sabiduría y de la bondad de Dios, ¿por qué existe el mal?, ¿de dónde viene?, ¿quién es responsable de él?, ¿dónde está la posibilidad de liberarse del mal?”<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. Juan Pablo II, Audiencia general, *La creación y la llamada del mundo y del hombre desde la nada a la existencia*, 29.I.1986: *Insegnamenti*, IX, 1 (1986), p. 212

<sup>2</sup> Juan Pablo II, Discurso a estudiosos sobre «fe cristiana y teoría de la evolución», 20.IV.1985: *Insegnamenti*, VIII, 1 (1985), p. 1132

<sup>3</sup> Catecismo Iglesia, n. 284. Sobre este tema consultar n. 283-289.

## Conclusión

La naturaleza está a nuestra disposición no como un montón de desechos esparcidos al azar, sino como un don del Creador que ha diseñado sus estructuras intrínsecas para que el hombre descubra las orientaciones que se deben seguir para guardarla y cultivarla. De todos depende el éxito o fracaso de la supervivencia humana, ya que la "crisis ecológica" como decía Juan Pablo II es "un problema moral". Y si es un problema moral ni que decir tiene que el cristianismo tiene mucho que aportar. Es más creo que tiene mucho que aportar la iglesia católica en la conservación de la naturaleza y por eso la razón de ser de esta fundación, que trata de armonizar catolicismo y defensa.

En definitiva, como afirma Benedicto XVI en su última Encíclica: para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Éstos son instrumentos importantes, pero *el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad*. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas. El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, al desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos para con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad<sup>4</sup>.

Y sobre Darwin que como bien nos instruirá el profesor Delibes, podemos concluir con palabras de Juan Pablo II, afirmando que, el conocimiento que da la ciencia y aquel que da la fe no se contraponen. Evidentemente sus fuentes son distintas, pero, siendo Dios el origen de ambos conocimientos, no tiene sentido enfrentarlos entre sí, puesto que en Él no hay contradicción: la verdad no puede contradecir a la verdad. Y si estos conocimientos en algo parecen contraponerse es sólo en apariencia. El tiempo y el desarrollo de las ciencias (esas que buscan con sinceridad la verdad) han puesto de manifiesto este hecho una y otra vez a lo largo de la historia.

Jerez de la Frontera, 18 de marzo de 2010.

+ **José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez

---

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, Caritas in veritate, n.51.